



Espacialidades indignadas: la producción del espacio público en la *#spanishrevolution*

Álvaro Sevilla-Buitrago¹

Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio
Universidad Politécnica de Madrid
alvaro.sevilla@upm.es

Resumen

Los procesos espaciales desencadenados por las recientes protestas urbanas en España incorporan elementos de cambio social que exceden los límites de la política convencional. Situándose en un nivel liminar, estos procesos operan en la esfera inadvertida de las micropolíticas de la vida cotidiana y los regímenes de lugar que la regulan. En sus espacialidades encontramos una serie de claves de reflexión para idear nuevos criterios de comprensión de los fenómenos urbanos y socioespaciales. En este artículo mostraremos el modo en que el espacio urbano — en concreto la ciudad y el área metropolitana de Madrid— y sus representaciones han servido de soporte, han sido empleados, han condicionado y, en última instancia, han sido reconfigurados por el movimiento del *15-M*. Apoyándose en una serie de contribuciones teóricas sobre la articulación entre las recientes revueltas, el despliegue de políticas prefigurativas y la ocupación del espacio público, el trabajo desarrolla una descripción de la constitución y repercusiones espaciales de los campamentos y asambleas en y alrededor de la Puerta del Sol. En conjunto, la experiencia madrileña ofrece a la teoría urbana vías para imaginar otras formas de compromiso colectivo en la producción de espacios de esperanza para el progreso social y la autogestión generalizada.



Palabras clave: Indignados, *15-M*, espacio público, espacialidad, régimen de lugar, política de la escala, derecho a la ciudad.

Abstract

The spatial processes deployed by the *15-M* movement in Spain include elements of social change that exceed the limits of conventional politics. Located at a liminal level, these processes operate in the often unnoticed realm of the micro-politics of urban everyday life and the regimes of place that regulate it, providing new criteria for understanding sociospatial and urban phenomena. This article shows how public space, its representations and the spatialities associated with them have served as a support for, have determined and, ultimately, have been reshaped and transformed by the Spanish “indignados” (outraged), in particular in the city and the metropolitan area of Madrid. Drawing on a series of theoretical approaches to the articulation of recent revolts, the deployment of a prefigurative politics and the occupation of public space, I will give an experience-based account of the spatial constitution and effects of these connections in and around Madrid’s Puerta del Sol. As a whole, the indignados’ occupations and actions provide urban theory with conceptual and practical tools to imagine alternative forms of collective commitment in the production of spaces of hope for social progress and generalized self-management.

Keywords: Indignados, *15-M* movement, public space, spatiality, place regime, politics of scale, right to the city.

Para nosotros ... la cuestión no es poseer el territorio ... No queremos ocupar el territorio, queremos ser el territorio. (Comité Invisible, 2007:97-8)

Introducción

Aunque la eclosión del movimiento *15-M* ha sido un acontecimiento político de primer orden en España, su interés excede las fronteras y contenidos de la política convencional. La “espacialidad” del movimiento ha pasado casi inadvertida a pesar de que su desarrollo interpela de forma directa a la teoría urbana y espacial; su complejidad y potencia para desencadenar cambios en el espacio social merecen ser estudiadas detenidamente. Aún hoy, tras más de dos años de vida, el contenido y horizonte político de la *#spanishrevolution* —el ‘hashtag’ más empleado por los usuarios de ‘Twitter’ que divulgaron el movimiento en las redes sociales— sigue siendo vago; sin embargo las prácticas e imaginarios espaciales desplegados por el movimiento se han consolidado y han demostrado ser una de sus facetas más exitosas, sirviendo tanto para la proliferación como para la organización de la protesta.

Fenómenos como éste muestran por qué el espacio y la ciudad importan en la construcción de una teoría social sólida. El espacio —en este caso el espacio público urbano— es un contenedor activo, un “útil” con el cual y a través del cual se construye “lo político”. En una aportación al debate sobre la cadena de revueltas y protestas mundiales desde finales de 2010, Judith Butler ha insistido en que “la plaza y la calle no son sólo los soportes materiales de la acción, sino que forman parte en sí mismos de cualquier teoría de la acción pública y corpórea que podamos proponer” (Butler, 2011:s.p.). En este artículo mostraremos el modo en que el espacio —en concreto los espacios públicos de Madrid y su área metropolitana— ha servido de soporte, ha sido empleado, ha condicionado y, en última instancia, ha sido reconfigurado por el movimiento *15-M*.

Regímenes espaciales en la producción de lo público

Emplearemos una serie de contribuciones recientes como umbral teórico para abrir el horizonte de reflexión e introducir planteamientos que enmarquen la posterior descripción y análisis de los espacios del *15-M*. En la aportación que acabamos de mencionar, Butler parte de una problematización del carácter “público” del espacio en el que tienen lugar las protestas. Lejos de darla por descontada, para ella esa condición pública se encuentra en permanente negociación y las manifestaciones son un ejemplo extremo de ello: “Se nos escapa parte de la clave de las protestas públicas si somos incapaces de apreciar que el propio carácter público del espacio está en disputa y que incluso se lucha por él cuando estas multitudes se reúnen” (Butler, 2011:s.p.). Remitiendo a *La condición humana*, Butler destaca la conflictiva pero fecunda idea de Hannah Arendt según la cual toda acción política requiere la existencia previa de un “espacio de aparición” —un receptáculo, un lugar al que nacer— pero, al mismo tiempo, crea su propio espacio al construir nuevas relaciones en el seno de espacios preexistentes (Arendt, 2005:225-232).

De modo similar Jacques Rancière ha incorporado a su trabajo reciente una serie de perspectivas en las que lo político adquiere su constitución, entre otras, a través de prácticas espaciales iterativas y performativas que ponen en entredicho el significado de lo público. También aquí la política aparece cuando un nuevo espacio en gestación refuta la configuración del espacio preexistente. Rancière ha empleado el concepto de “reparto de lo perceptible” (‘partage du sensible’) para describir la misión de “las actividades que crean orden mediante la distribución de lugares, nombres y funciones” (Rancière, 1994:173). Dicho “reparto” es la expresión de un régimen de policía que aspira a anular la posibilidad de resistencia —el antagonismo consustancial a toda democracia— saturando de contenido el espacio social. Articulando, en definitiva, un régimen totalitario de producción de lugar. Con todo, a pesar de las aspiraciones hegemónicas, dicha saturación nunca es total ni perfecta. Siempre se encuentran fisuras por las que lo político puede volver a aparecer (Rancière, 2010; ver también Žižek, 2010:274-8). El momento de esa aparición surge cuando “aquellos que no están incluidos en el orden sociopolítico existente, exigen su ‘derecho a la igualdad’..., una demanda que llama al ser a lo

político... y expone... las injusticias del orden de policía” (Swyngedouw, 2011:56).

Como veremos más adelante al analizar la espacialidad del *15-M*, en esa producción de un nuevo espacio público por la manifestación o la revuelta está implícita una reconfiguración social y política más amplia en la que se difuminan las estructuras convencionales de nuestra espacialidad cotidiana. De nuevo Butler comenta:

Así como debemos insistir en la existencia de condiciones materiales para la asamblea y el discurso público, debemos también preguntar cómo esa asamblea y discurso reconfiguran la materialidad del espacio público, cómo producen, o reproducen, el carácter público de ese entorno material. Y cuando las multitudes abandonan la plaza y se dirigen a la calle colindante o al callejón trasero, a los barrios de calles sin pavimentar, entonces sucede algo más. En ese momento la política no se define ya como el asunto exclusivo de una esfera pública separada de la privada, sino que cruza esa divisoria una y otra vez, atrayendo la atención al modo en que la política está ya en el hogar, en la calle, en el barrio o en los propios espacios virtuales que la arquitectura de la plaza pública desencadena. (Butler, 2011:s.p., énfasis en cursiva añadido).

Desde luego el espacio de aparición política del que estamos hablando no es un espacio vacío, no es el contenedor pasivo de la acción humana. Es, por el contrario, un soporte activo, tiene agencia, construye las acciones en la misma medida en que se deja construir por ellas. Se trata de un “útil” que nos define socialmente y articula nuestras prácticas. La acción política debe entenderse no sólo como una lucha en el espacio, sino también como una lucha “por” y “con” el espacio, una lucha por la reapropiación de las capacidades, destrezas y capitales sociales para organizarlo (Lefebvre, 1991:164-8). Lo extraordinario es que la lucha por reconstruir el soporte de la vida material anticipa ya dicho soporte. La organización social de la lucha abre el horizonte de lo posible y funda el espacio de justicia al que aspira. No se trata sólo de ideales — estos se materializan en prácticas muy concretas. Como veremos, los campamentos del movimiento *15-M*, especialmente el de Madrid, han puesto en práctica la propia red de autogestión de soportes básicos de la vida (alimentación, asistencia mutua, formación y cultura, organización del espacio...) que reclamaban para el conjunto de la sociedad. De ahí que podamos hablar de un ejercicio de política prefigurativa (Gordon, 2008:34-40), de escuelas autónomas de democracia en las que la alianza escenifica el orden social que persigue.

Esta producción autónoma de espacio no es sencilla ni directa. En la medida en que requiere una localización previa para aparecer, deberá negociar su evolución en el seno de un espacio ajeno, heredado de un orden antagónico. La dimensión espacial de la acción política está por ello sujeta a una dialéctica entre la

producción de un nuevo régimen espacial por los manifestantes y la agencia del espacio construido, del tejido urbano, sobre ellos. El nuevo espacio se construye contra el espacio público preexistente, rompiendo el lazo legitimador que éste, en su función de teatro cívico, proporciona al orden establecido. Pero es importante considerar que este proceso se produce en el seno de dicho orden, cuyos paisajes y territorios condicionan profundamente la nueva acción política. La plaza, la calle, en cuanto soportes de la acción popular, la modelan y construyen, dando lugar a no pocas tensiones. Como señala Butler:

Los cuerpos en la calle reorganizan el espacio de aparición con el fin de refutar y negar las formas de legitimación política existentes — y así como aquéllos llenan o toman el espacio público, así trabaja sobre ellos la historia material de dicho espacio, volviéndose parte de la propia acción, rehaciendo esa historia en el seno de sus artificios más concretos y sedimentados. (Butler, 2011:s.p.).

Tener presente esta inercia, este carácter plástico de la ciudad existente en su interacción con los nuevos usos que se hacen de ella, nos permitirá apreciar hasta qué punto las reconfiguraciones del espacio desplegadas por el movimiento *15-M* han sido profundas. Es más, la realidad de las protestas hace que contribuciones como la de Butler resulten, a pesar de su interés, limitadas. Más allá de la obvia — y por desgracia cada vez más frecuente— ausencia de una reflexión concreta sobre la constitución y composición del sujeto político que actúa y toma el espacio público, Butler y otros comentaristas de estas acciones parecen mostrar una excesiva fijación en el proceso de ocupación de espacios físicos particulares. No abordan, sin embargo, la verdadera transformación desplegada por las revueltas desde 2010: la prefiguración de un cambio en la “espacialidad” misma, una modificación desde abajo de las relaciones espaciales que constituyen y regulan nuestra vida social y política a nivel material e imaginario, de las propias prácticas y marcos de concepción del espacio².

Los primeros pasos del movimiento

Aunque los eventos que dieron lugar al movimiento *15-M* fueron relativamente bien cubiertos por la prensa internacional me permitiré proporcionar

² Butler denuncia además la ausencia de la dimensión de género en la reflexión sobre estos fenómenos. Por ejemplo, achaca a Arendt una masculinización de la acción política que conservaría el cuerpo femenino en el ámbito privado, en la esfera del cuidado, de lo pre-racional, relegándolo a la ejecución de las tareas de reproducción social. En contrapartida, sería el cuerpo masculino, público, libre de esas cargas, el que tiene capacidad para aparecer en la plaza e intervenir. Sin embargo, como ha señalado Cindi Katz (2001), es precisamente ese cuerpo de reproducción social el que sufre más directamente los ataques del neoliberalismo en su asedio a los modos informales —domésticos o comunitarios— de ‘life-work’ (ver también Purcell, 2008). En el fondo las protestas recientes en distintos países nacen precisamente en este campo de resistencia, surgen como respuesta, entre otros, al ataque sobre las esferas del cuidado, de la formación, sobre el acceso a y producción de soportes sociales que facilitan esas tareas. Dice Butler: “No sólo debemos llevar a la plaza las urgencias materiales del cuerpo, debemos también hacer que dichas necesidades se conviertan en parte central de la política” (Butler, 2011:s.p.). Pero ¿no es eso, precisamente, lo que está sucediendo?

al lector una rápida cronología de lo sucedido en España y, particularmente, en Madrid en torno a mayo de 2011. Tras una serie de manifestaciones preliminares durante el mes anterior, dos organizaciones de reciente creación, Juventud Sin Futuro —formada por universitarios en protesta por la difícil situación económica que sufren los jóvenes españoles— y Democracia Real ¡Ya! —formación de origen social más amplio y que critica la pobreza del panorama político español, la tendencia al bipartidismo, la corrupción política, el consenso general en torno a las políticas económicas neoliberales y la sumisión de las políticas de crisis al dictado de los mercados financieros— convocaron conjuntamente una manifestación el domingo 15 de mayo, una semana antes de las cercanas elecciones regionales y locales. La acción fue un éxito, reuniendo cerca de 25.000 personas en más de 50 ciudades. En Madrid la manifestación concluyó en la Puerta del Sol; en el cierre se produjeron disturbios y la detención de 24 manifestantes. Para protestar por ello y reclamar su liberación, varias decenas de personas establecieron un campamento y pasaron la noche allí.

En la madrugada del día siguiente la policía disolvió el campamento: este fue el verdadero comienzo de la revuelta. Las redes sociales se hicieron eco del desalojo y convocaron espontáneamente nuevas acciones. Esa misma tarde más de 5.000 personas acudieron a la Puerta del Sol para reafirmar sus demandas y protestar por la intervención policial. La concentración se prolongó hasta bien entrada la noche y un nuevo campamento, mucho más numeroso, amaneció a la mañana siguiente. Las concentraciones se repitieron y crecieron en los días siguientes y el campamento no paró de extenderse hasta ocupar casi toda el área de la plaza, al mismo tiempo que nuevas concentraciones y campamentos surgían en Barcelona, Valencia, Sevilla y otras ciudades españolas. El lema de Juventud Sin Futuro —«sin casa, sin empleo, sin futuro, sin miedo»— parecía haber calado entre los manifestantes. Frente al creciente despliegue policial, la petición de numerosos políticos de derechas de “limpiar” las plazas del país y la prohibición de las manifestaciones por el órgano judicial que regulaba el proceso electoral en curso —porque, según el mismo, podrían influir sobre la voluntad de los votantes en las elecciones del 22 de mayo de 2011— los rebeldes gritaban «la voz del pueblo no es ilegal». A medida que pasaban los días crecían las congregaciones a partir de la última hora de la tarde, rondando las 10.000 personas en Madrid.

La jornada electoral llegó y aunque la repercusión sobre los resultados fue escasa —la derecha arrasó en una derrota histórica del partido socialdemócrata, castigado por la crisis económica y abandonado por sus votantes tradicionales a consecuencia de su política de austeridad y sus reformas de corte neoliberal— los campamentos se mantuvieron durante otras tres semanas. Durante este período el campamento de Puerta del Sol duplicaría su tamaño y la organización se haría cada vez más sofisticada y compleja, conforme el movimiento desplegara su propio proceso constituyente en el espacio: aparecen comisiones y subcomisiones temáticas —internacional, sanidad, medio ambiente, educación, ciudad, etc.— que habrían de ocupar las calles y plazas aledañas para celebrar sus asambleas, se pone

en marcha una iniciativa para trasladar el movimiento y los debates públicos a los distintos barrios de Madrid y ciudades del área metropolitana —coordinadas por la Asamblea Popular de Madrid— y se organiza una marcha hacia Madrid desde las principales ciudades de España³. Con la consolidación de estas iniciativas de ampliación espacial del movimiento —y ante la presión creciente de los comerciantes de la zona y el gobierno local y regional— la Asamblea General, órgano superior del movimiento en el que se ponen en común las decisiones de las asambleas de comisión y las asambleas de barrio, decidió dismantlar el campamento de Puerta del Sol, dejando un puesto de información como punto físico de referencia y ocupación simbólica en el centro de España, que sería suprimido por la policía poco tiempo después. Con todo, el movimiento había alcanzado ya un grado de organización importante y se siguieron celebrando asambleas periódicas y acciones puntuales, madurando y profundizando las herramientas virtuales de intercambio hasta el regreso en masa del movimiento con motivo de su aniversario en mayo de 2012, en un contexto político si cabe aún más deteriorado y con España al borde del colapso social y económico. Las sucesivas reapariciones masivas del movimiento han venido acompañadas de una creciente violencia policial y un intenso esfuerzo del nuevo gobierno por blindar la calle y endurecer la legislación para asfixiar todo posible conato de movilización⁴.

Los indignados transforman el espacio social

Pero ¿cuáles han sido los espacios del movimiento? ¿Cuál es la peculiaridad de sus prácticas espaciales? Las espacialidades desplegadas por el *15-M* son complejas y polimorfas, proliferantes, transescalares, irreducibles a una lógica uniforme como reflejo directo de la pluralidad y espontaneidad del movimiento. Aunque en ocasiones esta situación ha ralentizado su organización, en última instancia éste es uno de los motivos de su éxito y pervivencia en el tiempo, de la atención prestada por los medios y de la incapacidad de los políticos para comprender, dialogar o asfixiar la *#spanishrevolution*. Estas espacialidades han alterado el régimen escalar y de lugar preexistente y han refigurado la senda de lo posible (Lefebvre, 1972; Purcell, 2013) — de forma efímera o duradera, eso lo dirá el futuro de la protesta social en España.

Por supuesto la dimensión más llamativa del movimiento *15-M* es la ocupación del espacio público y su capacidad para acabar por un período relativamente prolongado de tiempo con la mercantilización y alienación de los lugares centrales de la ciudad respecto a los intereses populares (Sorkin, 1992;

3 Una dinámica que se reproduce en Madrid y otras ciudades durante los años siguientes con el recurrente fluir de “mareas” (movilizaciones temáticas) desde la periferia al centro de la ciudad para protestar por los intentos de privatización de la sanidad y la educación públicas, el deterioro de la justicia social, etc. Ver por ejemplo: <https://www.youtube.com/watch?v=wC6XpEvyfRY> (acceso 2/3/2014).

4 Por ejemplo en los disturbios que siguieron a la movilización “Rodea el Congreso” en septiembre de 2012: <https://www.youtube.com/watch?v=UDCRgqspmyU> (acceso 2/3/2014).

Mitchell, 2003; Low y Smith, 2006). Los campamentos han dado a muchos la oportunidad de descubrir en las calles un lugar propio pero colectivo, personal pero político. El cántico recurrente en las primeras concentraciones «¡esta plaza es nuestra casa!», expresa a la perfección este aspecto. En el caso madrileño, el campamento ha supuesto el paso de una ocupación popular esporádica y heteroregulada de la Puerta del Sol —además de sus usos convencionales comercial y turístico, la plaza suele albergar puntualmente concentraciones y manifestaciones autorizadas— a otra potencialmente permanente y autogestionada. Merece la pena destacar las dimensiones funcional y simbólica de esta ocupación. En el primer aspecto, ésta estaba abierta a todas las personas, pero no a todas las actividades. Por supuesto el tráfico de coches fue interrumpido o ralentizado durante buena parte del día y aunque los turistas siguieron afluyendo a la plaza, lo hacían ahora atraídos por el acontecimiento y no por los comercios. Esto suscitó la protesta de los empresarios del ámbito que reclamaron al gobierno indemnizaciones y el desalojo del campamento en repetidas ocasiones. Superponiéndose a los usos habituales, un abanico amplio de nuevos procesos pobló la zona a medida que los acampados y colectivos externos proponían nuevas actividades a desarrollar en el ámbito que pronto se sumarían a las concentraciones y asambleas: biblioteca popular, guardería, teatros, huerto ecológico en los parterres de la plaza, etc.

En el plano simbólico, la ocupación de Puerta del Sol, el centro de la ciudad y de todo el país —es el punto kilométrico cero de la principal red de carreteras de España— permitió al movimiento tomar el protagonismo en el imaginario local y nacional, en la prensa española e internacional. Por supuesto los medios asimilaron la ocupación de Puerta del Sol a la de la egipcia plaza Tahrir y más tarde a la ateniense plaza Syntagma, aunque existen entre estos casos tantas semejanzas como diferencias (Hadjimichalis, 2013). Los tres comparten el detonante común del deterioro paulatino de las condiciones materiales de reproducción social de las clases medias y bajas y se distancian en los muy específicos contextos políticos que rodean a ese declive socio-económico. Pero, más allá de esta comparación obvia se detecta un hilo común y más profundo en estas experiencias. Las tres alteran el “régimen de lugar” convencional (McDowell, 1999:5) —la posición, contenido y significados que determinados espacios asumen y representan en la formación urbana— retan el reparto dado de lo perceptible y refrendan la idea de Henri Lefebvre según la cual el “derecho a la ciudad” se enuncia ante todo como un “derecho a la centralidad”. Un derecho a ocupar los espacios centrales —tanto físicos como de organización y circulación del poder— que toma la forma de un programa revolucionario para la autogestión del espacio público (Lefebvre, 1972; ver también Chatterton, 2010; Goonewardena, 2011). Este derecho, que siempre ha sido escurridizo (Marcuse, 2011), presenta en estas experiencias un nuevo sentido. En Madrid este programa toma cuerpo “creando su propia espacialidad”, su propia centralidad. La lucha establece un espacio genuino, “toda alianza genera su propia localización” (Butler, 2011:s.p.). La ocupación del centro se ha convertido, de hecho, en la oportunidad para alterar profundamente lo que el centro del espacio político debe significar en una sociedad democrática.

También Andy Merrifield, en una de sus intervenciones más recientes, ha señalado que “las personas se convierten en espacio al actuar” (Merrifield, 2011:109), sugiriendo la necesidad de relativizar las estructuras territoriales preexistentes. Merrifield invita a superar el concepto de “derecho a la ciudad” a favor de una “política del encuentro” global y generalizada que opere “a través del tejido social en su conjunto”, más allá del espacio urbano propiamente dicho (Merrifield, 2011:107). Por supuesto este autor contempla en su trabajo los potenciales de movilización y organización implícitos en las redes sociales virtuales. Esto nos conduce al segundo aspecto a destacar en relación al caso español. Aunque empieza a ser una tónica en las dinámicas recientes de los movimientos sociales, hay que destacar el uso masivo de estos medios virtuales, que ha permitido al *15-M* estar en todos sitios antes de ocupar físicamente espacio alguno. Durante mayo de 2011 y teniendo en cuenta exclusivamente el intercambio en ‘Twitter’ en territorio español, se contabilizaron más de 580.000 mensajes relacionados con los ‘hashtags’ de las concentraciones, enviados por casi 88.000 usuarios (BIFI, 2011). Pero si estas cifras son significativas, lo más importante es su papel radicalmente democrático en la dinamización del movimiento y su organización, que han hecho de aquellos días un tiempo abierto a la convocatoria de todo tipo de acciones por usuarios anónimos, cuyo éxito final dependía exclusivamente de sus condiciones de oportunidad en el curso de los acontecimientos.

Es preciso, en todo caso, aclarar que el caso español —y esto sería extensible, quizá, a la Primavera Árabe— muestra también los límites y carencias de estas redes virtuales⁵. Éstas han sido, desde luego, imprescindibles en las convocatorias y mantenimiento de los contactos. Pero el efecto conseguido requiere la toma física del espacio público. Estos momentos urbanos actualizan, corrigen y proyectan el encuentro virtual a niveles a los que las redes telemáticas no pueden, simplemente, aspirar. También aquí el espacio dado condiciona al nuevo espacio que nace en su seno. La divisoria espacial histórica entre lo real y lo virtual aún pesa y seguramente seguirá haciéndolo durante décadas: a la hora de la verdad es la calle la que sigue hablando. Es ella la que tiene capacidad para alterar la normalidad cotidiana, para bloquear ciertos flujos urbanos, para hacerse presente en el imaginario colectivo. Es ella, en definitiva, la que despliega la esencia del “evento” que las redes virtuales soportan y distribuyen en una “secuencia” de lucha más prolongada (Swyngedouw y Smith, 2012).

La calle sigue hablando, pero lo hace de otra forma. El protagonismo de las redes sociales tiene de hecho una poderosa influencia en una tercera dimensión espacial, la capacidad de proliferación del movimiento, y en una de sus

⁵ Uno de estos aspectos, y quizá no el menor, es el hecho de que el acceso a la tecnología sigue operando como un factor de segregación social. A pesar del protagonismo de Twitter y otras redes en la difusión de la protesta hay que recordar que buena parte de los manifestantes —por ejemplo la inmensa mayoría de ancianos, que participaron en las concentraciones con un protagonismo singular— han conocido el movimiento a través de medios tradicionales: periódicos, radio o televisión.

características más singulares, la ruptura del “régimen escalar” convencional: esa estratificación del espacio social en un orden vertical jerárquico que, en el sistema capitalista, segmenta y diferencia las relaciones sociales para la reproducción de un determinado patrón de división social del trabajo y de desarrollo desigual (Smith, 1992; Swyngedouw, 1997; Brenner, 2001). El movimiento ha reunido en un espacio virtual de participación común a los campamentos de más de 70 ciudades. En el caso de Madrid, el crecimiento y organización interna del campamento eran simultáneos a la expansión de sus asambleas a otras calles y plazas del centro y al traslado de la acción a todos los barrios de la ciudad y a otros municipios del área metropolitana. Esta construcción simultánea ha descentralizado los espacios de actividad política y ha difuminado las jerarquías escalares convencionales. La consecuencia directa de la reconquista del derecho a la centralidad —del derecho a ocupar el centro simbólico y funcional de la ciudad y a reescribir sus contenidos, del derecho a administrar y redistribuir la centralidad— es la capacidad de subvertir la división escalar del espacio, erosionando la segmentación vertical del espacio social y político. Aunque Sol ha mantenido su centralidad simbólica, pronto sus órganos políticos funcionaban al mismo nivel que los establecidos en un foro virtual, en la esquina de una calle a dos manzanas de la plaza, de todo un barrio en el otro extremo de la ciudad o de toda una ciudad en el otro extremo del país. Un espacio continuo y des-jerarquizado, aunque abigarrado y diversificado en todo un abanico de localizaciones heterogéneas. Aunque el centro físico ha conservado puntualmente un rol específico en esa estructura, era para dar cabida y discutir iniciativas formuladas en otro lugar. Así pues, el centro del espacio social se proyecta como lugar indiferenciado de recepción democrática, no como fortaleza de poder de la que emanan las decisiones y directrices hacia una periferia eternamente muda.

Por último, esta inversión socioespacial y las dinámicas asociadas a ella han dado lugar a una nueva topografía social — una “contra-topografía” que, en términos de Cindi Katz (2001), conecta solidariamente los lugares de reproducción social vulnerabilizada. Dicha práctica se expresa en una producción del espacio sumamente volátil, reescrita a través de acciones espontáneas que en los primeros pasos del movimiento no estuvieron carentes de contradicciones, a menudo involuntarias, pero que a la larga resultarían fructíferas en la medida en que el esfuerzo y la ilusión de los participantes convertía los desencuentros puntuales en oportunidades para imaginar y materializar acciones distintas a las previstas. Posteriormente esas nuevas redes de solidaridad han desarrollado una organización cada vez más precisa, reaccionando con rapidez a nuevos escenarios. Es un avance que resulta obvio en la proliferación de escraches —acciones puntuales de denuncia y abucheo a políticos en el espacio público— y, sobre todo, en el poderoso tejido de resistencia contra los desahucios policiales, condensado en torno

a la Plataforma de Afectados por la Hipoteca⁶. Esta redefinición del significado de los espacios y de nuestras formas de identificación con ellos podría afectar de forma duradera al modo en que comprendemos la ciudad y, en general, a nuestros imaginarios socioespaciales y políticos y a las prácticas que desempeñamos para reproducirlos.

Conclusiones

La influencia de los espacios físicos concretos —en particular los espacios públicos— sobre nuestras prácticas cotidianas y nuestros propios imaginarios sociales es tan profunda que, a menudo, puede impedirnos ver lo que hay más allá de su mera materialidad: las estructuras que los gobiernan, jerarquizan y articulan; la espacialidad que subyace a las localizaciones específicas y que modula nuestra percepción e interacción con ellas (ver también Goonewardena, 2005). Esas espacialidades inadvertidas incorporan una ordenación premeditada del régimen de escala y lugar que condiciona y regula nuestro ser social, nuestras formas de socialización. Como tales, pueden convertirse en vectores estratégicos de poder, tanto más efectivos cuanto más naturales y no mediadas parecen sus propiedades. El “reparto de lo perceptible” al que Rancière se refiere es, en definitiva, una trampa espacial por la cual el gobierno de los sujetos se traslada a la administración de los objetos, “un orden establecido de gobernanza en el que todo individuo ocupa el lugar “adecuado” en el orden aparentemente natural de las cosas” (Dikeç, 2005:174).

Con todo, sabemos que ese orden es precario y puede ser alterado a través de la emergencia política propiamente dicha. En palabras del propio Rancière, “la acción política siempre opera sobre lo social controvirtiendo la distribución de lugares y roles” (Rancière, 2003:201), “desplaza[ndo] un cuerpo del lugar que se le ha asignado o cambia[ndo] el destino de un lugar” (Rancière, 1998:30). En suma, produciendo un espacio de aparición en el que se prefigura la posibilidad de que todos los sujetos sean considerados iguales. La irrupción del *15-M* en plena campaña electoral en España fue uno de esos momentos de apertura de lo político en el seno de un espacio público intensamente hegemonizado. Su aparición rompió los códigos que dictaban cómo y dónde podían expresarse las voces del pueblo, qué podían decir, cómo podían narrar y representar el espacio público.

Se trata, en suma, de acciones que alteran profundamente el estado (espacial) de las cosas y que exceden el orden (urbano) normalizado institucionalmente. En la intervención que hemos referido Butler los denomina “pasajes anarquistas”, atrapados entre dos formas políticas, la que se derrumba y la que está por llegar. En realidad este juicio redundante en la reiterada tendencia a no reconocer las revueltas y

6 Movimiento que de hecho surge al calor del *15-M*. Sus acciones (por ejemplo, <https://www.youtube.com/watch?v=KTe3Mam-Oew>, acceso: 2/3/2014) han recibido un apoyo general de la opinión pública en España.

protestas como movimientos políticos plenos, relegándolos a una condición de momentos pre-políticos (Garnier, 1996; 2010). Frente a esta idea, debemos defender la “plenitud” del 15-M y los procesos espaciales a través de los cuales ha reconfigurado, inadvertidamente, las espacialidades cotidianas. Si realmente creemos que el espacio importa para comprender nuestro ser social hay que reconocer a los campamentos españoles —estas an-arquitecturas en transición política permanente pero con una espacialidad madura— su interés en, al menos, las siguientes líneas:

- a) La posibilidad y consecuencias de la ocupación duradera del espacio público y la reorganización de sus contenidos y representaciones al margen de los códigos institucionales establecidos.
- b) La relación de dicha ocupación y organización con el uso masivo de las redes sociales virtuales como nuevo espacio de activismo político y democracia radical.
- c) La dialéctica entre estas redes y su materialización concreta en espacialidades físicas, y la capacidad de dicha dialéctica para reconfigurar los espacios sociales, desplegando un reescalamiento desde abajo del espacio público urbano.
- d) La capacidad popular de contestación del régimen de lugar dominante, de producción de nuevos lugares e identidades asociadas a ellos; en suma, de reescritura de los paisajes urbanos a través del compromiso con la justicia social, la autogestión y el despliegue de capacidades comunes, sin la tutela de órganos de planificación o procesos participativos heterodirigidos.

Creo que estas dinámicas invitan a una revisión de los ideales y pautas asumidos por la teoría urbana crítica y, en general, por la teoría socioespacial y política. En sus progresos podemos encontrar una de las claves tanto para idear nuevos criterios de comprensión de los fenómenos urbanos y socioespaciales como para imaginar otras formas de compromiso con los esfuerzos colectivos por construir espacios de esperanza para el cambio social, la autogestión y la emancipación generalizada.

Referencias

- Arendt, Hannah. 2005. *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- BIFI. 2011. *Estudio sobre las interacciones del 15-M*. [Online] <http://15-M.bifi.es/> [acceso: 19-10-2011]
- Brenner, Neil. 2001. The limits to scale? Methodological reflections on scalar structuration. *Progress in Human Geography* 25, 591-614.
- Butler, Judith. 2011. Bodies in Alliance and the Politics of the Street. *Transversal* 10/11. [Online] <http://www.eipcp.net/transversal/1011/butler/en> [acceso: 19-10-2011]

- Chatterton, Paul. 2010. Autonomy: The Struggle for Survival, Self-Management and the Common. *Antipode* 42, 897-908.
- Comité invisible. 2007. *L'insurrection qui vient*. Paris: La Fabrique.
- Dikeç, Mustafa. 2005. Space, Politics and the Political. *Environment and Planning D: Society and Space* 23, 171-188.
- Garnier, Jean-Pierre. 1996. *Des barbares dans la cité: de la tyrannie du marché à la violence urbaine*. Paris: Flammarion.
- Garnier, Jean-Pierre. 2010. *Une violence éminemment contemporaine: Essais sur la ville, la petite bourgeoisie intellectuelle et l'effacement des classes populaires*. Marseille: Agone.
- Goonewardena, Kanishka. 2005. The Urban Sensorium: Space, Ideology and the Aestheticization of Politics. *Antipode* 37, 46-71.
- Goonewardena, Kanishka. 2011. Henri Lefebvre y la revolución de la vida cotidiana, la ciudad y el Estado. *Urban*, nueva serie 2, 25-39.
- Gordon, Uri. 2008. *Anarchy Alive!: Anti-Authoritarian Politics from Practice to Theory*. Sydney: Pluto Press.
- Hadjimichalis, Costis. 2013. Luchas urbanas y construcción de redes de solidaridad en Atenas durante la crisis. *Urban* nueva serie 6, 79-97.
- Katz, Cindi. 2001. Vagabond Capitalism and the Necessity of Social Reproduction. *Antipode* 33, 709-728.
- Lefebvre, Henri. 1972. *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lefebvre, Henri. 1991. *The Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- Low, Setha y Neil Smith (eds.). 2006. *The politics of public space*. New York: Routledge.
- Marcuse, Peter. 2011. ¿Qué derecho para qué ciudad en Lefebvre? *Urban*, nueva serie 2, 17-21.
- McDowell, Linda. 1999. *Gender, Identity, and Place: Understanding Feminist Geographies*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Merrifield, Andy. 2011. El derecho a la ciudad y más allá: notas sobre una reconceptualización lefebvriana. *Urban*, nueva serie 2, 101-110.
- Mitchell, Don. 2003. *The Right to the City: Social Justice and the Fight for Public Space*. New York: Guilford.
- Purcell, Mark. 2008. *Recapturing Democracy: Neoliberalization and the Struggle for Alternative Urban Futures*. New York: Routledge.
- Purcell, Mark. 2013. *The Down-Deep Delight of Democracy*. Oxford: Wiley-Blackwell.

- Rancière, Jacques. 1994. Post-Democracy, Politics and Philosophy: an interview with Jacques Rancière. *Angelaki* 1, 171-178.
- Rancière, Jacques. 1998. *Disagreement*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Rancière, Jacques. 2003. Politics and Aesthetics: an interview. *Angelaki* 8, 194-211.
- Rancière, Jacques. 2010. Ten Theses on Politics. In Rancière, J. *Dissensus. On Politics and Aesthetics*. London: Continuum, 27-44.
- Sorkin, Michael, (ed.). 1992. *Variations on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*. New York: Noonday.
- Smith, Neil. 1992. Contours of a Spatialized Politics: Homeless Vehicles and the Production of Geographical Scale. *Social Text* 33, 54-81.
- Swyngedouw, Erik. 1997. Neither global nor local: 'glocalization' and the politics of scale. En, K. Cox (ed.) *Spaces of Globalization*. New York: Guilford Press, pp. 137-166.
- Swyngedouw, Erik. 2009. The Antinomies of the Postpolitical City: In Search of a Democratic Politics of Environmental Production. *International Journal of Urban and Regional Research* 33, 601-620.
- Swyngedouw, Erik. 2011. ¡La Naturaleza no existe! La sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada. *Urban*, nueva serie 1, 41-66.
- Swyngedouw, Erik y Neil Smith. 2012. Erik Swyngedouw in conversation with Neil Smith. Seminar at the CUNY Graduate Center, 18 April 2012 [Online] <http://vimeo.com/42628112> [acceso: 29-06-2012]
- Žižek, Slavoj. 2010. *Living in the End Times*. New York: Verso.